

Michael
Connelly

EL LADO OSCURO DEL ADIÓS

Traducido del inglés por Javier Guerrero Gimeno

Título original: *The Wrong Side of Goodbye*
Esta edición ha sido publicada por acuerdo
con Little, Brown & Company, New York,
NEW YORK, USA. Todos los derechos reservados

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2016 by Hieronymus, Inc.
© de la traducción: Javier Guerrero Gimeno, 2017
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2017
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9104-916-6
Depósito legal: M. 25.726-2017
Printed in Spain

Para Vin Scully, con todo mi agradecimiento

Corrieron desde la posición resguardada de la hierba de elefante hacia la zona de aterrizaje. Cinco de los hombres se posicionaron en torno al helicóptero en ambos lados. Uno de ellos gritó: «¡Vamos!, ¡vamos!, ¡vamos!»; como si alguno necesitara que lo apremiaran y le recordaran que esos eran los segundos más peligrosos de su vida.

El torbellino del rotor dobló la hierba hacia atrás y dispersó el humo señalizador en todas direcciones. El ruido fue ensordecedor cuando la turbina aceleró para el despegue. Los artilleros de las puertas auparon a todos al interior tirando de las correas de sus mochilas y el aparato enseguida volvió a estar en el aire, después de posarse menos tiempo que una libélula en el agua.

Comenzó a atisbarse la línea de árboles a través de la puerta de babor en cuanto el aparato se elevó y empezó a inclinarse. Entonces se vieron los fogonazos de las armas desde las higueras de Bengala. Alguien gritó: «¡Francotiradores!»; como si al artillero de la puerta tuvieran que decirle con qué se enfrentaba.

Era una emboscada. Tres puntos distintos de fogonazos, tres francotiradores. Habían esperado hasta que el helicóptero se hubo elevado y volaba con pesadez: un objetivo fácil desde menos de doscientos metros.

El artillero abrió fuego con su M60, descargando una ráfaga de fuego hacia las copas de los árboles, llenándolas de plomo. Sin em-

bargo, los disparos de los francotiradores no cesaron. El helicóptero no estaba blindado, una decisión tomada a quince mil kilómetros de distancia para reducir el peso y priorizar la velocidad y la maniobrabilidad por encima de la protección.

Un disparo impactó en el carenado de la turbina con un ruido sordo que recordó a uno de los impotentes hombres de a bordo el de una bola de béisbol mal bateada que golpea el capó de un coche en el aparcamiento. Enseguida se oyó el estruendo de cristales rotos cuando el siguiente disparo atravesó la cabina de mando. Fue un tiro de uno entre un millón que acertó en el piloto y en el copiloto al mismo tiempo. El piloto murió en el acto y el copiloto se llevó las manos al cuello en un movimiento instintivo pero inútil para evitar desangrarse. El helicóptero dio un bandazo hacia la derecha y enseguida se precipitó de forma descontrolada. Cayó en barrena, alejándose de los árboles hacia los arrozales. Los hombres de la parte de atrás empezaron a gritar de impotencia. El que acababa de tener un recuerdo de béisbol trató de orientarse. El mundo en el exterior del helicóptero estaba girando. Él mantuvo la mirada fija en una única palabra impresa en la placa metálica que separaba la cabina de la zona de carga. Decía ADVANCE, con la letra A con una flecha como trazo horizontal.

No apartó la mirada de la palabra ni siquiera cuando los gritos se intensificaron y sintió que el aparato perdía altura. Llevaba siete meses apoyando misiones de reconocimiento y le quedaba poco tiempo de servicio. Supo que nunca iba a volver. Era el final.

La última cosa que oyó fue a alguien que gritaba: «¡Posición!, ¡posición!, ¡posición!», como si existiera alguna posibilidad de que alguien de los que estaban a bordo tuviera alguna opción de sobrevivir al impacto, sin contar con el fuego que llegaría a continuación. Y sin contar con los Vietcong que vendrían con machetes después.

Mientras los demás gritaban de pánico, él susurró un nombre para sus adentros.

—Vibiana...

Sabía que nunca volvería a verla.

—Vibiana...

El helicóptero se precipitó en una zanja de los arrozales y estalló en un millón de partes metálicas. Al cabo de un momento, el combustible derramado prendió, quemó los restos del aparato y extendió llamas en la superficie de agua estancada. Se elevó un humo negro en el aire que marcó los restos del helicóptero como una baliza indicadora de un punto de aterrizaje.

Los francotiradores recargaron y esperaron a que llegaran los helicópteros de rescate.

A Harry Bosch no le molestaba el retraso. La vista era espectacular. No se sentó en el sofá de la sala de espera. Prefirió quedarse de pie, con la cara a un palmo del cristal, y admirar la panorámica que se extendía desde los tejados del centro de la ciudad hasta Pacific Ocean. Se encontraba en la planta cincuenta y nueve de la U. S. Bank Tower, y Creighton le estaba haciendo esperar porque era algo que siempre hacía, desde sus días en el Parker Center, donde la sala de espera solo tenía una visión de escaso ángulo de la fachada posterior del ayuntamiento. Creighton solo se había desplazado cinco manzanas al oeste desde sus días en el Departamento de Policía de Los Ángeles, pero desde luego se había elevado mucho más, hasta las cimas más altas de los dioses financieros de la ciudad.

Aun así, con vistas o sin ellas, Bosch no sabía por qué había gente que conservaba sus oficinas en la torre. El edificio, el más alto al oeste del Misisipí, ya había sido objeto de dos intentos de atentado terrorista. Bosch imaginaba que eso tenía que suponer una inquietud añadida a las presiones del trabajo para cualquiera que entrara cada mañana por aquellas puertas de cristal. El alivio podría llegar pronto en la forma del Wilshire Grand Center, un rascacielos envuelto en cristal que se elevaba en el cielo a unas manzanas de distancia. Cuando estuviera terminado, se llevaría la distinción de edificio más alto al oeste del Misisipí. Probablemente, también se convertiría en el nuevo objetivo.

A Bosch le encantaba cualquier oportunidad de contemplar la ciudad desde tan alto. Cuando era un joven detective, a menudo hacía turnos extra como localizador en alguno de los vuelos del departamento solo para dar una vuelta por encima de Los Ángeles y recordar su inmensidad aparentemente infinita.

Miró a la autovía 110 y vio que estaba congestionada hasta South-Central. También se fijó en varios helipuertos en los tejados de edificios que quedaban por debajo de él. El helicóptero se había transformado en el vehículo de transporte de la elite. Bosch había oído que incluso algunos de los jugadores con contratos más altos de los Lakers y los Clippers usaban helicópteros para ir al Staples Center.

El cristal era lo bastante grueso para bloquear cualquier sonido. La ciudad permanecía en silencio a sus pies. Bosch solo oía a la recepcionista que atendía el teléfono detrás de él, con el mismo saludo una y otra vez: «Trident Security, ¿en qué puedo ayudarle?».

La atención de Bosch se centró en un coche patrulla que avanzaba con rapidez hacia el sur por Figueroa, hacia el distrito L. A. Live. Vio el 01 pintado en letras grandes en el maletero y supo que era un vehículo de la División Central. Enseguida lo siguió en el aire un helicóptero del departamento que volaba más bajo que el piso en el que él se encontraba. Bosch lo estaba siguiendo con la mirada cuando lo llamó una voz a su espalda.

—¿Señor Bosch?

Se volvió y vio a una mujer de pie en medio de la sala de espera. No era la recepcionista.

—Soy Gloria. Hemos hablado por teléfono.

—Ah, sí —dijo Bosch—. La asistente del señor Creighton.

—Sí, encantada de conocerlo. Acompañeme, por favor.

—Bien. Si esperaba más iba a saltar.

La mujer no sonrió. Condujo a Bosch por una puerta que daba a un pasillo con acuarelas enmarcadas perfectamente espaciadas en las paredes.

—Es cristal resistente a los impactos —le explicó—. Puede aguantar la fuerza de un huracán de categoría 5.

—Me alegra saberlo —dijo Bosch—. Y solo estaba bromeando. Su jefe tiene fama de hacer esperar a la gente, de cuando era subdirector de la Policía.

—Ah, ¿en serio? No lo había notado aquí.

Eso no tenía sentido para Bosch, porque acababa de venir a buscarlo a la sala de espera quince minutos después de la hora señalada.

—Lo leería en un libro de gestión cuando escalaba posiciones —dijo Bosch—. Ya sabe, lo de hacerles esperar aunque lleguen a tiempo. Te da la mejor posición cuando finalmente les haces pasar, comunica que eres un hombre ocupado.

—Desconozco esa filosofía empresarial.

—Probablemente, es más una filosofía policial.

Entraron en una *suite* de oficinas. En el despacho exterior, había dos escritorios separados, uno ocupado por un hombre de veintitantos años vestido con traje y el otro vacío, que supuso que pertenecía a Gloria. Pasaron entre los escritorios hasta una puerta y Gloria la abrió y se hizo a un lado.

—Adelante. ¿Quiere que le traiga una botella de agua?

—No, gracias —dijo Bosch.

Bosch entró en una sala todavía mayor, con una zona de escritorios a la izquierda y, a la derecha, dos sofás enfrentados con una mesita de café con tablero de cristal en medio. Creighton estaba sentado detrás de su escritorio, indicando que la reunión con Bosch iba a tener un carácter formal.

Había pasado más de una década desde la última vez que Bosch había visto a Creighton en persona. No recordaba la ocasión, seguramente en alguna reunión de la brigada a la que Creighton acudiría para hacer un anuncio en relación con el presupuesto de horas extraordinarias o los protocolos de viaje del departamento. Entonces Creighton era el jefe contable, responsable del presupuesto del

departamento entre otros deberes de gestión. Era conocido por establecer políticas estrictas sobre las horas extra que exigían explicaciones detalladas y por escrito en unos formularios verdes que tenían que someterse a la aprobación del supervisor. Como esa aprobación, o denegación, solo llegaba después de que el trabajo ya se hubiera realizado, el nuevo sistema se veía como un intento de disuadir a los policías de hacer horas extra o, peor todavía, de hacerles cumplir más horas y luego denegar la autorización o compensarlas con tiempo complementario. Fue en la época en que Creighton ocupaba ese puesto cuando todo el mundo empezó a referirse a él como Cretino.

Aunque Creighton dejó el departamento por el sector privado no mucho después, los «verdes» seguían en uso. La impronta que había dejado en el departamento no había sido un rescate audaz ni un tiroteo ni haber acabado con un gran depredador. Habían sido los formularios verdes de las horas extraordinarias.

—Harry, pase —dijo Creighton—. Siéntese.

Bosch se acercó al escritorio. Creighton era unos años mayor que Harry, pero se mantenía en buena forma. Se levantó detrás del escritorio y le tendió la mano. Llevaba un traje gris hecho a medida de su cuerpo musculoso. Creighton era la imagen del dinero. Bosch le estrechó la mano y luego se sentó frente a él. No se había vestido para la cita. Iba en tejanos, camisa azul vaquera y una chaqueta de pana gris marengo que tenía al menos doce años. Bosch guardaba los trajes de sus días en el departamento envueltos en plástico y no había querido sacar uno solo para una reunión con Cretino.

—Jefe, ¿cómo está?

—Ya no soy jefe —dijo Creighton riendo—. Esos días han pasado hace mucho. Llámeme John.

—John, pues.

—Siento haberlo hecho esperar. Tenía un cliente al teléfono y, bueno, el cliente siempre tiene prioridad. ¿Tengo razón?

—Claro, no hay problema. He disfrutado de las vistas.

Las vistas a través de la ventana que estaba detrás de Creighton daban al otro lado, se extendían hacia el noreste más allá del Civic Center y las montañas coronadas de nieve de San Bernardino. Bosch suponía que la razón de que Creighton hubiera elegido esa oficina no eran las montañas, sino el Civic Center. Desde su escritorio, Creighton veía desde arriba la torre del ayuntamiento, el Edificio de Administración de Policía y el edificio del *Los Angeles Times*. Creighton estaba por encima de todos ellos.

—La verdad es que es espectacular ver el mundo desde este ángulo —aseguró Creighton.

Bosch asintió y fue al grano.

—Entonces —dijo—. ¿Qué puedo hacer por usted..., John?

—Bueno, para empezar, le agradezco que haya venido sin saber por qué quería verlo. Gloria me dijo que le costó mucho convencerlo.

—Sí, mire, lo siento. Pero, como le expliqué a ella, si se trata de un trabajo, no me interesa. Ya tengo trabajo.

—Me he enterado. San Fernando. Pero eso debe de ser a tiempo parcial, ¿no?

Lo dijo con un leve tono de burla y Bosch recordó una frase de una película que había visto: «Si no eres policía, eres una piltrafa». También se entendía que si trabajabas para un departamento pequeño eras una piltrafa.

—Me mantiene tan ocupado como quiero estar —contestó—. También tengo licencia privada. Elijo algún caso de vez en cuando.

—Todo por referencias, ¿no? —inquirió Creighton.

Bosch lo miró un momento.

—¿Tendría que estar impresionado de que me haya investigado? —dijo por fin—. No me interesa trabajar aquí. No me importa cuál sea el sueldo ni me importan cuáles sean los casos.

—Bueno, deje que le pregunte algo, Harry —dijo Creighton—. ¿Sabe qué hacemos aquí?

Bosch miró por encima del hombro de Creighton, a las montañas, antes de responder.

—Sé que ofrecen seguridad de alto nivel para los que pueden permitírsela —respondió.

—Exactamente —dijo Creighton.

Levantó tres dedos de su mano derecha en lo que Bosch suponía que era un tridente.

—Trident Security —explicó Creighton—. Especializados en seguridad económica, tecnológica y personal. Abrí la sucursal de California hace diez años. Tenemos sedes aquí, en Nueva York, Boston, Chicago, Miami, Londres y Fráncfort. Estamos a punto de abrir en Estambul. Somos una gran compañía, con miles de clientes e incluso más conexiones en la esfera de nuestras competencias.

—Me alegro por ustedes —dijo Bosch.

Había pasado diez minutos leyendo información sobre Trident en su portátil antes de venir. La exclusiva empresa de seguridad la había fundado en Nueva York en 1996 un magnate naviero llamado Dennis Laughton, que había sido secuestrado en las Filipinas. Laughton primero contrató a un antiguo jefe del Departamento de Policía de Nueva York como testaferro y había hecho lo mismo en todas las ciudades donde había abierto sucursal, eligiendo al jefe o a un responsable de alto rango del departamento de policía local para generar una gran noticia en los medios y garantizar la imprescindible ayuda de la cooperación policial. Se comentaba que, diez años antes, Laughton había intentado contratar al jefe de policía de Los Ángeles, pero este lo rechazó y Laughton eligió a Creighton como segunda opción.

—Le dije a su asistenta que no estaba interesado en trabajar en Trident —insistió Bosch—. Ella me aseguró que no se trataba de nada de eso. Así que, ¿por qué no me cuenta de qué se trata para que los dos podamos seguir con nuestras jornadas?

—Puedo asegurarle que no le estoy ofreciendo un trabajo en Trident —dijo Creighton—. Para ser sincero, necesitamos la cooperación plena y el respeto del Departamento de Policía de Los Ángeles para hacer lo que hacemos y para manejar las cuestiones delicadas

que implican a nuestros clientes y la policía. Si le contratáramos en Trident sería un problema.

—Está hablando de mi demanda.

—Exactamente.

Durante la mayor parte del año anterior, Bosch había estado sumido en una demanda presentada contra el departamento en el que había trabajado durante más de treinta años. Harry demandó al departamento, porque creía que lo habían obligado a retirarse de forma ilegal. El caso había generado animadversión hacia Bosch entre la tropa. No parecía contar que, durante el tiempo en que había llevado placa, Harry había puesto a más de cien asesinos ante la justicia. El litigio terminó en avenencia, pero continuaba la hostilidad desde algunas esferas del departamento, sobre todo la esfera superior.

—Así que si me contratara en Trident no sería bueno para sus relaciones con el departamento —dijo Bosch—. Lo entiendo. Pero me quiere para algo. ¿Qué es?

Creighton asintió. Era hora de ir al grano.

—¿Ha oído hablar de Whitney Vance? —preguntó.

Bosch asintió.

—Por supuesto que sí.

—Sí, bueno, es un cliente —dijo Creighton—. Igual que su empresa, Advance Engineering.

—Whitney Vance tiene que tener ochenta años.

—Ochenta y cinco, de hecho. Y...

Creighton abrió el cajón superior central de su escritorio y sacó un documento. Colocó el documento entre ellos. Bosch vio que era un talón bancario. No llevaba las gafas y no podía leer la cantidad ni otros detalles.

—Quiere hablar con usted —concluyó Creighton.

—¿De qué? —preguntó Bosch.

—No lo sé. Dijo que era una cuestión privada y preguntó específicamente por usted. Dijo que solo discutiría el asunto con usted.

Extendió este cheque nominativo por diez mil dólares. Puede quedárselo por ir a hablar con él, tanto si la cita conduce a más trabajo como si no.

Bosch no sabía qué decir. Ya había cobrado la liquidación de la demanda, pero había invertido la mayor parte del dinero en cuentas de inversión a largo plazo concebidas para proporcionarle una vida cómoda en la vejez y un interés sólido para su hija Maddie. Aun así, en ese momento ella tenía dos años más de facultad por delante y luego el doctorado. Pese a que Maddie contaba con algunas becas generosas, Bosch todavía iba justo para pagar el resto a corto plazo. No le cabía duda de que le vendrían muy bien los diez mil dólares.

—¿Dónde y cuándo tiene que ser esa cita? —preguntó al fin.

—Mañana por la mañana a las nueve en la casa del señor Vance en Pasadena —dijo Creighton—. La dirección está en el resguardo del cheque. Podría vestirse un poco mejor.

Bosch no hizo caso de la pulla sobre la vestimenta. Sacó las gafas de lectura de un bolsillo interior de la americana. Se las puso al tiempo que se estiraba sobre la mesa para coger el cheque. Estaba extendido a su nombre completo: Hieronymus Bosch.

Había una línea perforada que recorría la parte inferior del cheque. Debajo de esta figuraba la dirección y la hora de la cita, así como la advertencia «No lleve un arma de fuego». Bosch dobló el cheque por la línea de perforación y miró a Creighton al guardárselo en la chaqueta.

—Iré al banco desde aquí —dijo—. Depositaré esto, y si no hay ningún problema estaré allí mañana.

Creighton esbozó una sonrisa de superioridad.

—No habrá ningún problema.

Bosch asintió.

—Supongo que esto es todo. —Se levantó para marcharse.

—Hay una cosa más, Bosch —dijo Creighton.

Bosch se dio cuenta de que Creighton había pasado de llamarlo por el nombre a hacerlo por el apellido en el curso de diez minutos.

—¿Qué? —preguntó.

—No tengo ni idea de qué va a preguntarle el anciano, pero soy muy protector con él —dijo Creighton—. Es más que un cliente y no me gustaría ver que le toman el pelo a estas alturas de su vida. Sea cual sea el trabajo que le pida que haga, quiero estar informado.

—¿Tomarle el pelo? A menos que me haya perdido algo, me ha llamado usted, Creighton. Si van a tomarle el pelo a alguien será a mí. No importa lo mucho que me pague.

—Puedo asegurarle que no será el caso. Lo único que tiene que hacer es ir a Pasadena, para lo cual acaba de recibir diez mil dólares.

Bosch asintió.

—Bien —dijo—. Voy a tomarle la palabra. Veré al viejo mañana y descubriré de qué se trata. Pero, si se convierte en mi cliente, ese asunto, sea el que sea, será entre él y yo. No le informaré de nada, a menos que me lo pida Vance. Así es como trabajo. No me importa quién sea el cliente.

Bosch se volvió hacia la puerta. Cuando llegó allí, miró otra vez a Creighton.

—Gracias por las vistas.

Salió y cerró la puerta tras de sí.

En el camino hacia la calle se detuvo en el escritorio de la recepcionista para que le validara el tique del aparcamiento. Quería estar seguro de que Creighton pagaba esos veinte dólares, así como el lavado de coche que había aceptado al entregar el vehículo al aparcacoches.